

63. *Epístola de Fabio á Anfriso**Descripción del Paular**Credibile est illi numen inesse loci*

—OVIDIUS

DESDE el oculto y venerable asilo  
Do la virtud austera y penitente  
Vive ignorada y, del liviano mundo  
Huida, en santa soledad se esconde,  
El triste Fabio al venturoso Anfriso  
Salud en versos flébiles envía.  
Salud le envía á Anfriso, al que inspirado  
De las mantuanas musas, tal vez suele  
Al grave son de su celeste canto  
Precipitar del viejo Manzanares  
El curso perezoso: tal süave  
Suele ablandar con amorosa lira  
La altiva condición de sus zagalas.  
¡ Pluguiera á Dios, oh Anfriso, que el cuitado  
Á quien no dió la suerte tal ventura  
Pudiese huir del mundo y sus peligros!  
¡ Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla  
Logró arribar á puerto tan seguro,  
Que esconderla supiera en este abrigo,  
Á tanta luz y ejemplos enseñado!  
Huyera así la furia tempestuosa  
De los contrarios vientos, los escollos,  
Y las fieras borrascas tantas veces  
Entre sustos y lágrimas corridas.  
Así también del mundanal tumulto  
Lejos, y en estos montes guarecido,

Alguna vez gozára del reposo,  
Que hoy desterrado de su pecho vive.  
Mas ¡ ay de aquel que hasta en el santo asilo  
De la virtud arrastra la cadena,  
La pesada cadena con que el mundo  
Oprime á sus esclavos! ¡ Ay del triste  
En cuyo oído suena con espanto,  
Per esta oculta soledad rompiendo,  
De su señor el imperioso grito!

Busco en estas moradas silenciosas  
El reposo y la paz que aquí se esconden,  
Y sólo encuentro la inquietud funesta  
Que mis sentidos y razón conturba.  
Busco paz y reposo, pero en vano  
Los busco ¡ oh caro Anfriso! que estos dones,  
Herencia santa que al partir del mundo  
Dejó Bruno en sus hijos vinculada,  
Nunca en profano corazón entraron  
Ni á los parciales del placer se dieron.

Conozco bien que, fuera de este asilo,  
Sólo me guarda el mundo sinrazones,  
Vanos deseos, duros desengaños,  
Susto y dolor; empero todavía  
Á entrar en él no puedo resolverme.  
No puedo resolverme, y despechado  
Sigo el impulso del fatal destino  
Que á muy más dura esclavitud me guía.  
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre  
Por todas partes los pesados grillos  
Que de la ansiada libertad me privan.

De afán y angustia el pecho traspasado,  
Pido á la muda soledad consuelo  
Y con dolientes quejas la importuno.



Salgo al ameno valle, subo al monte,  
 Sigo del claro río las corrientes,  
 Busco la fresca y deleitosa sombra,  
 Corro por todas partes, y no encuentro  
 En parte alguna la quietud perdida.  
 ¡Ay, Anfriso, ¡qué escenas á mis ojos,  
 Cansados de llorar, presenta el cielo!  
 Rodeado de frondosos y altos montes  
 Se extiende un valle, que de mil delicias  
 Con sabia mano ornó naturaleza.  
 Pártele en dos mitades, despeñado  
 De las vecinas rocas, el Lozoya,  
 Por su pesca famoso y dulces aguas.  
 Del claro río sobre el verde margen  
 Crecen frondosos álamos, que al cielo  
 Ya erguidos alcan las plateadas copas,  
 Ó ya, sobre las aguas encorvados,  
 En mil figuras miran con asombro  
 Su forma en los cristales retratada.  
 De la siniestra orilla un bosque umbrío  
 Hasta la falda del vecino monte  
 Se extiende: tan ameno y delicioso  
 Que le hubiera juzgado el gentilismo  
 Morada de algun dios, ó á los misterios  
 De las silvanas Driadas guardado.  
 Aquí encamino mis inciertos pasos,  
 Y en su recinto umbrío y silencioso,  
 Mansión la más conforme para un triste,  
 Entro á pensar en mi cruel destino.  
 La grata soledad, la dulce sombra,  
 El aire blando y el silencio mudo,  
 Mi desventura y mi dolor adulan.  
 No alcanza aquí del padre de las luces

El rayo acechador, ni su reflejo  
 Viene á cubrir de confusión el rostro  
 De un infeliz en su dolor sumido.  
 El canto de las aves no interrumpe  
 Aquí tampoco la quietud de un triste,  
 Pues sólo de la viuda tortolilla  
 Se oye tal vez el lastimero arrullo,  
 Tal vez el melancólico trinado  
 De la angustiada y dulce Filomena.  
 Con blando impulso el céfiro suave,  
 Las copas de los árboles moviendo,  
 Recrea el alma con el manso ruido,  
 Mientras al dulce soplo desprendidas  
 Las agostadas hojas, revolando,  
 Baján en lentos círculos al suelo,  
 Cubrenle en torno, y la frondosa pompa  
 Que al árbol adornara en primavera,  
 Yace marchita y muestra los rigores  
 Del abrasado estío y seco otoño.  
 ¡Así también de juventud lozana  
 Pasan, oh Anfriso, las livianas dichas!  
 Un soplo de inconstancia, de fastidio,  
 Ó de capricho femeníl las tala  
 Y lleva por el aire, cual las hojas  
 De los frondosos árboles caídas,  
 Ciegos empero, y tras su vana sombra  
 De continuo exhalados, en pos de ellas  
 Corremos hasta hallar el precipicio  
 Do nuestro error y su ilusión nos guían.  
 Volamos en pos de ellas como suele  
 Volar á la dulzura del reclamo  
 Incauto el pajarillo: entre las hojas  
 El preparado visco le detiene:



Lucha cautivo por huir, y en vano,  
 Porque un traidor, que en asechanza atisba,  
 Con mano infiel la libertad le roba  
 Y á muerte le condena ó cárcel dura.

¡ Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos  
 Un pronto desengaño corrió el velo  
 De la ciega ilusión ! ¡ Una y mil veces  
 Dichoso el solitario penitente  
 Que, triunfando del mundo y de sí mismo,  
 Vive en la soledad libre y contento !  
 Unido á Dios por medio de la santa  
 Contemplación, le goza ya en la tierra,  
 Y retirado en su tranquilo albergue  
 Observa reflexivo los milagros  
 De la naturaleza, sin que nunca  
 Turben el susto ni el dolor su pecho.

Regálanle las aves con su canto,  
 Mientras la aurora sale refulgente  
 Á cubrir de alegría y luz el mundo.  
 Nace siempre el sol claro y brillante,  
 Y nunca á él levanta conturbados  
 Sus ojos, ora en el oriente raye,  
 Ora, del cielo á la mitad subiéndolo,  
 En pompa guíe el reluciente carro ;  
 Ora con tibia luz, más perezoso,  
 Su faz esconda en los vecinos montes.  
 Cuando en las claras noches cuidadoso  
 Vuelve desde los santos ejercicios,  
 La plateada luna en lo más alto  
 Del cielo mueve la luciente rueda  
 Con augusto silencio, y recreando  
 Con blando resplandor su humilde vista,  
 Eleva su razón, y la dispone

Á contemplar la alteza y la inefable  
 Gloria del Padre y Criador del mundo.  
 Libre de los cuidados enojosos  
 Que en los palacios y dorados techos  
 Nos turban de continuo, y entregado  
 Á la inefable y justa Providencia,  
 Si al breve sueño alguna pausa pide  
 De sus santas tareas, obediente  
 Viene á cerrar sus párpados el sueño  
 Con mano amiga, y de su lado ahuyenta  
 El susto y las fantasmas de la noche.

¡ Oh suerte venturosa, á los amigos  
 De la virtud guardada ! ¡ Oh dicha, nunca  
 De los tristes mundanos conocida !  
 ¡ Oh monte impenetrable ! ¡ Oh bosque umbrío !  
 ¡ Oh valle deleitoso ! ¡ Oh solitaria,  
 Taciturna mansión ! ¡ Oh, quién, del alto  
 Y proceloso mar del mundo huyendo  
 Á vuestra santa calma, aquí seguro  
 Vivir pudiera siempre, y escondido !

Tales cosas revuelvo en mi memoria  
 En esta triste soledad sumido.  
 Llega en tanto la noche, y con su manto  
 Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces  
 Á los medrosos claustros. De una escasa  
 Luz el distante y pálido reflejo  
 Guía por ellos mis inciertos pasos ;  
 Y en medio del horror y del silencio,  
 ¡ Oh fuerza del ejemplo portentosa !  
 Mi corazón palpita, en mi cabeza  
 Se erizan los cabellos, se estremecen  
 Mis carnes, y discurre por mis nervios  
 Un súbito rigor que los embarga.



Parece que oigo que del centro oscuro  
Sale una voz tremenda que, rompiendo  
El eterno silencio, así me dice:  
«Huye de aquí, profano; tú, que llevas  
«De ideas mundanales lleno el pecho,  
«Huye de esta morada, do se albergan  
«Con la virtud humilde y silenciosa  
«Sus escogidos: huye, y no profanes  
«Con tu planta sacrilega este asilo.»  
De aviso tal al golpe confundido,  
Con paso vacilante voy cruzando  
Los pavorosos tránsitos, y llego  
Por fin á mi morada, donde ni hallo  
El ansiado reposo, ni recobran  
La suspirada calma mis sentidos.  
Lleno de congójosos pensamientos  
Paso la triste y perezosa noche  
En molesta vigilia, sin que llegue  
Á mis ojos el sueño, ni interrumpen  
Sus regalados bálsamos mi pena.  
Vuelve por fin con la rosada aurora  
La luz aborrecida, y en pos de ella  
El claro día á publicar mi llanto  
Y dar nueva materia al dolor mío.

## DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

64.

*Rosana en los fuegos*

DEL sol llevaba la lumbre,  
Y la alegría del alba,  
En sus celestiales ojos

La hermosísima Rosana,  
Una noche que á los fuegos  
Salió la fiesta de Pascua  
Para abrasar todo el valle  
En mil amorosas ansias.  
Por do quiera que camina  
Lleva tras sí la mañana,  
Y donde se vuelve rinde  
La libertad de mil almas.  
El céfiro la acaricia  
Y mansamente la halaga,  
Los Amores la rodean  
Y las Gracias la acompañan.  
Y ella, así como en el valle  
Descuella la altiva palma  
Cuando sus verdes pimpollos  
Hasta las nubes levanta;  
Ó cual vid de fruto llena  
Que con el olmo se abraza,  
Y sus vástagos extiende  
Al arbitrio de las ramas;  
Así entre sus compañeras  
El nevado cuello alza,  
Sobresaliendo entre todas  
Cual fresca rosa entre zarzas.  
Todos los ojos se lleva  
Tras sí, todo lo avasalla;  
De amor mata á los pastores  
Y de envidia á las zagalas.  
Ni las músicas se atienden,  
Ni se gozan las lumbradas;  
Que todos corren por verla  
Y al verla todos se abrasan.



¡ Qué de suspiros se escuchan !  
 ¡ Qué de vivas y de salvas !  
 No hay zagal que no la admire  
 Y no se esmere en loarla.  
 Cuál absorto la contempla  
 Y á la aurora la compara  
 Cuando más alegre sale  
 Y el cielo de su albor baña ;  
 Cuál al frescú y verde aliso  
 Que crece al márgen del agua,  
 Cuando más pomposo en hojas  
 En su cristal se retrata ;  
 Cuál á la luna, si muestra  
 Llena su esfera de plata,  
 Y asoma por los collados  
 De luceros coronada.  
 Otros pasmados la miran  
 Y mudamente la alaban,  
 Y cuanto más la contemplan  
 Muy más hermosa la hallan.  
 Que es como el cielo su rostro  
 Cuando en la noche callada  
 Brilla con todas sus luces  
 Y los ojos embaraza.  
 ¡ Ay, qué de envidias se encienden !  
 ¡ Ay, qué de celos que causa  
 En las serranas del Tórmes  
 Su perfección sobrehumana !  
 Las más hermosas la temen,  
 Mas sin osar murmurarla ;  
 Que como el oro más puro  
 No sufre una leve mancha.  
 Bien haya tu gentileza,

Una y mil veces bien haya,  
 Y abrase la envidia al pueblo,  
 Hermosísima aldeana.  
 Toda, toda eres perfecta,  
 Toda eres donaire y gracia,  
 El amor vive en tus ojos  
 Y la gloria está en tu cara.  
 La libertad me has robado,  
 Yo la doy por bien robada,  
 Mas recibe el don benigna  
 Qui mi humildad te consagra.  
 Estó un zagal la decía  
 Con razones mal formadas,  
 Que salió libre á los fuegos  
 Y volvió cautivo á casa.  
 Y desde entonces perdido  
 El día á sus puertas le halla ;  
 Ayer le cantó esta letra  
 Echándole la alborada :  
 Linda zagaleja  
 De cuerpo gentil,  
*Muérome de amores*  
*Desde que te ví.*  
 Tu talle, tu aseo,  
 Tu gala y donaire,  
 No tienen, serrana,  
 Igual en el valle.  
 Del cielo son ellos  
 Y tú un serafín :  
*Muérome de amores*  
*Desde que te ví.*  
 De amores me muero,  
 Sin que nada baste



DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

Á darme la vida  
Que allá te llevaste,  
Si ya no te dueles  
Benigna de mí;  
Que muero de amores  
Desde que te ví.

DON LEANDRO F. DE MORATÍN

65. *Elegía à las Musas*

ESTA corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro  
Y máscaras alegres, que algún día  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe,  
Que fuera osado intento repetirle.  
He visto ya cómo la edad ligera,  
Apresurando á no volver las horas,  
Robó con ellas su vigor al númen.  
Sé que negais vuestro favor divino  
Á la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,  
No me negueis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pude un día,  
No indigno sucesor de nombre ilustre,  
Dilatarle famoso, á vos fué dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo  
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
Á prestarme constancia en los afanes  
Que turbaron mi paz, cuando insolente

DON LEANDRO F. DE MORATÍN

Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambición, la patria mía  
Abandonaron á civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces,  
Á dominar y perecer, tiranos:  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Ví las fraternas armas nuestros muros  
Bañar en sangre nuestra, combatirse,  
Vencido y vencedor hijos de España,  
Y el trono desplomándose al vendido  
Ímpetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
Á las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Iras, desórden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna ronco  
Revienta incendios, su bifronte cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
Turba el Averno sus calladas ondas;  
Y allá del Tíbre en la ribera etrusca  
Se estremece la cúpula soberbia  
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.

¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
¿Quién dar al verso acordes armonías,  
Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad: bramó iracundo  
El huracán, y arrebató á los campos  
Sus frutos, su matiz: la rica pompa  
Destrozó de los árboles sombríos:  
Todas huyeron tímidas las aves  
Del blando nido, en el espanto mudas;



No más trinos de amor. Así agitaron  
Los tardos años mi existencia, y pudo  
Sólo en región extraña el oprimido  
Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será; que ya la tumba aguarda  
Y sus mármoles abre á recibirme;  
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
Á mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Será por ella... Prevenid en tanto  
Flébiles tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, Musas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de láuros y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.

## DON MANUEL MARÍA DE ARJONA

66. *La diosa del bosque*

¡OH, si bajo estos árboles frondosos  
Se mostrase la célica hermosura  
Que ví algún día en inmortal dulzura

Este bosque bañar!  
Del cielo tu benéfico descenso  
Sin duda ha sido, lúcida belleza:  
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso

Arda sobre tu altar.  
Que no es amor mi tímido alborozo,  
Y me acobarda el rígido escarmiento,

Que ¡oh Piritöo! condenó tu intento  
Y tu intento, Ixión.

Lejos de mí sacrílega osadía:  
Bástame que con plácido semblante  
Aceptes, diosa, á mis anhelos pía,  
Mi ardiente adoración.

Mi adoración y el cántico de gloria  
Que de mí el Pindo atónito ya espera:  
Baja tú á oirme de la sacra esfera

¡Oh radiante deidad!  
Y tu mirar más nítido y suave,  
He de cantar, que fúlgido lucero;  
Y el limpio encanto que infundirnos sabe

Tu dulce majestad.  
De pureza jactándose natura,  
Te ha formado del cándido rocío  
Que sobre el nardo al apuntar de estío

La aurora derramó;  
Y excelsamente lánguida retrata  
El rosicler pacífico de Mayo  
Tu alma: Favonio su frescura grata

Á tu hablar trasladó.  
¡Oh imagen perfectísima del orden  
Que liga en lazos fáciles el mundo,  
Sólo en los brazos de la paz fecundo,

Sólo amable en la paz!  
En vano con espléndido aparato  
Finge el arte solícito grandezas:  
Natura vence con sencillo ornato

Tan altivo disfraz.  
Monarcas, que los pérsicos tesoros  
Ostentais con magnífica porfia,  
Copiad el brillo de un sereno día



Sobre el azul del mar :  
 Ó copie estudio de émula hermosa  
 De mi deidad el mágico descuido ;  
 Antes veremos la estrellada altura

Los hombres escalar.  
 Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento  
 Ya las alas del céfiro recibe,  
 Y al pecho ilustre en que tu núnem vive

Vuela, vuela veloz ;  
 Y en los erguidos álamos ufana  
 Penda siempre esta cítara, aunque nueva ;  
 Que ya á sus ecos hermosura humana

No ha de ensalzar mi voz.

## DON ALBERTO LISTA

67.

*Al Sueño**El himno del desgraciado*

« El grande y el pequeño  
 Iguales son lo que les dura el sueño. »

DESCIENDE á mí, consolador Morfeo,  
 Único dios que imploro,  
 Antes que muera el esplendor febeo  
 Sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno día  
 Me encuentre aletargado,  
 Cuando triunfante de la niebla umbría  
 Ascendiendo al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana  
 Tu calma silenciosa

Aquel feliz que en lecho de oro y grana  
 Estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones  
 De Pluto y de Citères,  
 Las que á la tarde fueron ilusiones,  
 Á la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamás la matutina estrella  
 En tus brazos rendido.

Al que bebió en los labios de su bella  
 El suspiro de amor correspondido.

¡ Ah ! déjalos que gocen. Tu presencia  
 No turbe su contento ;

Que es perpetua delicia su existencia  
 Y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace, el orbe colorando,  
 La sonrosada aurora,

Y el ave sus amores va cantando,  
 Y la copia de Abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo  
 La noche sosegada,

Y de trémula luz esmalta el cielo,  
 Y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso  
 Huye en veloz carrera,

Une con breve y plácido reposo  
 Las dichas que ha gozado á las que espera.

Mas ¡ ay ! á un alma del dolor guarida  
 Desciende ya propicio ;

Cuanto me quites de la odiosa vida,  
 Me quitaras de mi inmortal suplicio.

¿ De qué me sirve el súbito alborozo  
 Que á la aurora resuena,

Si al despertar el mundo para el gozo,



Sólo despertó yo para la pena?  
 ¿De qué el ave canora, ó la verdura  
 Del prado que florece,  
 Si mis ojos no miran su hermosura,  
 Y el universo para mí enmudece,  
 El ámbar de la vega, el blando ruido,  
 Con que el raudal se lanza,  
 ¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,  
 Último bien del hombre, la esperanza?  
 Girará en vano, cuando el sol se ausente,  
 La esfera luminosa;  
 En vano, de almas tiernas confidente,  
 Los campos bañará la luna hermosa.  
 Esa blanda tristeza que derrama  
 Á un pecho enamorado,  
 Si su tranquila amortiguada llama  
 Resbala por las faldas del collado,  
 No es para un corazón de quien ha huido  
 La ilusión lisonjera,  
 Cuando pidió, del desengaño herido,  
 Su triste antorcha á la razón severa.  
 Corta el hilo á mi acerba desventura,  
 Oh tú, sueño piadoso;  
 Que aquellas horas que tu imperio dura  
 Se iguala el infeliz con el dichoso.  
 Ignorada de sí y azca mi mente,  
 Y muerto mi sentido;  
 Empapa el ramo, para herir mi frente,  
 En las tranquilas aguas del olvido.  
 De la tumba me iguale tu beleño  
 Á la ceniza yerta,  
 Sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,  
 Mas felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida  
 Fantasmas voladores,  
 Ni los sucesos de mi amarga vida  
 Con tus pinceles lánguidos colores.  
 No me acuerdes cruel de mi tormento  
 La triste imagen fiera;  
 Bástale su malicia al pensamiento,  
 Sin darle tú el puñal para que hiera.  
 Ni me halagues con pérfidos placeres,  
 Que volarán contigo;  
 Y el dolor de perderlos cuando huyeres  
 De atreverme á gozar será el castigo.  
 Deslízate callado, y encadena  
 Mi ardiente fantasía;  
 Que asaz libre será para la pena  
 Cuando me entregues á la luz del día.  
 Vén, termina la mísera querrela  
 De un pecho acongojado.  
 ¡Imagen de la muerte! después de ella  
 Eres el bien mayor del desgraciado.

## DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

68. *Á España, después de la revolución  
 de Marzo*

¿QUÉ era, decídme, la nación que un día  
 Reina del mundo proclamó el destino,  
 La que á todas las zonas extendía  
 Su cetro de oro y su blasón divino?  
 Volábase á occidente,



Y el vasto mar Atlántico sembrado  
 Se hallaba de su gloria y su fortuna.  
 Do quiera España: en el preciado seno  
 De América, en el Asia, en los confines  
 Del África, allí España. El soberano  
 Vuelo de la atrevida fantasía  
 Para abarcarla se cansaba en vano;  
 La tierra sus mineros le rendía,  
 Sus perlas y coral el Oceano.  
 Y donde quier que revolver sus olas  
 Él intentase, á quebrantar su furia  
 Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,  
 Abandonada á la insolencia agena,  
 Como esclava eh mercado, ya aguardaba  
 La ruda argolla y la servil cadena.  
 ¡Qué de plagas, oh Dios! Su aliento impuro  
 La pestilente fiebre respirando,  
 Infestó el aire, emponzoñó la vida;  
 La hambre enflaquecida  
 Tendió sus brazos lívidos, ahogando  
 Cuanto el contagio perdonó; tres veces  
 De Jano el templo abrimos,  
 Y á la trompa de Marte aliento dimos;  
 Tres veces ¡ay! Los dioses tutelares  
 Su escudo nos negaron, y nos vimos  
 Rotos en tierra y rotos en los mares.  
 ¿Qué en tanto tiempo viste  
 Por tus inmensos términos, oh Iberia?  
 ¿Qué viste ya sino funesto luto,  
 Honda tristeza, sin igual miseria,  
 De tú vil servidumbre acerbo fruto?  
 Así, rota la vela, abierto el lado,

Pobre bajel á naufragar camina,  
 De tormenta en tormenta despeñado,  
 Por los yermos del mar; ya ni en su popa  
 Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,  
 Ni en señal de esperanza y de contento  
 La flámula riendo al aire ondea.  
 Cesó en su dulce canto el pasajero,  
 Ahogó su vocerío nuestro capitano  
 El ronco marinero,  
 Terror de muerte en torno le rodea,  
 Terror de muerte silencioso y frío;  
 Y él va á estrellarse al áspero bajío.  
 Llegó el momento, en fin; tiende su mano  
 El tirano del mundo al occidente,  
 Y fiero exclama: «El occidente es mío.»  
 Bárbaro gozo en su ceñuda frente  
 Resplandeció, como en el seno oscuro  
 De nube tormentosa en el estío  
 Relámpago fugaz brilla un momento  
 Que añade horror con su fulgor sombrío  
 Sus guerreros feroces  
 Con gritos de soberbia el viento llenan;  
 Gimen los yunques, los martillos suenan,  
 Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¡Acaño!  
 Pensais que espadas son para el combate  
 Las que mueven sus manos codiciosas?  
 No en tanto os estimeis: grillos, esposas,  
 Cadenas son que en vergonzosos lazos  
 Por siempre amarren tan inertes brazos.  
 Estremeciósse España  
 Del indigno rumor que cerca oía,  
 Y al grande impulso de su justa saña  
 Rompió el volcán que en su interior hervía.



Sus déspotas antiguos  
 Consternados y pálidos se esconden;  
 Resuena el eco de venganza en torno,  
 Y del Tajo las márgenes responden:  
 «¡Venganza!»; ¿Dónde están, sagrado río,  
 Los colosos de oprobio y de vergüenza  
 Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?  
 Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;  
 Y tú, orgulloso y fiero,  
 Viendo que aun hay Castilla y castellanos,  
 Precipitas al mar tus rubias ondas,  
 Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»  
 ¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!  
 ¿Con qué puede ya dar el labio mío  
 El nombre augusto de la patria al viento?  
 Yo le daré; mas no en el arpa de oro  
 Que mi cantar sonoro  
 Acompañó hasta aquí; no aprisionado  
 En estrecho recinto, en que se apocaba  
 El númer en el pecho  
 Y el aliento fatídico en la boca.  
 Desenterrad la lira de Tirteo,  
 Y al aire abierto, á la radiante lumbre  
 Del sol, en la alta cumbre  
 Del ríscoso y pinífero Fuenfría,  
 Allí volaré yo, y allí cantando  
 Con voz que atruene en derredor la sierra,  
 Lanzar per los campos castellanos  
 Los ecos de la gloria y de la guerra.  
 ¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,  
 Único asilo y sacrosanto escudo  
 Al ímpetu sañudo  
 Del fiero Atila que á occidente oprime!

¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis  
 Ved del Tercer Fernando alzarse airada  
 La augusta sombra; su divina frente  
 Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;  
 Blandir el Cid su centellante espada;  
 Y allá sobre los altos Pirineos,  
 Del hijo de Jimenal  
 Animarse los miembros gigantes.  
 En torvo ceño y desdeñosa penal  
 Ved cómo cruzan por los aires vanos;  
 Y el valor exhalando que se encierra  
 Dentro del hueco de sus tumbas frías,  
 En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!  
 ¡Pues qué! ¿Con faz serena

Viérais los campos devastar opimos,  
 Eterno objeto de ambición agena,  
 Herencia inmensa que afanando os dimos?  
 Despertad, raza de héroes: el momento  
 Llegó ya de arrojaros á la victoria;  
 Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,  
 Que vuestra gloria humille nuestra gloria.  
 No ha sido en en gran día  
 El altar de la patria alzado en vano  
 Por vuestra mano fuerte,  
 Juradlo, ella os lo manda: ¡Antes la muerte  
 Que consentir jamás ningún tirano!

Sí, yo lo juro, venerables sombras;  
 Yo lo juro también, y en este instante  
 Ya me siento mayor. Dadme una lanza,  
 Ceñidme el casco fiero y refulgente;  
 Volemos al combate, á la venganza,  
 Y el que niegue su pecho á la esperanza,  
 Hunda en el polvo la cobarde frente;



DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Tal vez el gran torrente  
De la devastación en su carrera  
Me llevará. ¿Qué importa? ; Por ventura  
No se muere una vez? ; No iré, espirando,  
A encontrar nuestros ínchitos mayores?  
«¡ Salud, oh padres de la patria mía,  
Yo les diré, salud! La heroica España  
De entre el estrago universal y horrores  
Levanta la cabeza ensangrentada,  
Y vencedora de su mal destino,  
Vuelve á dar á la á la tierra amedrentada  
Su cetro de oro y su blasón divino.»

DON JUAN NICASIO GALLEGO

69.

*Elegía*

á la

*Muerte de la Duquesa de Erlas*

AL sonante bramido  
Del piélago feroz que el viento ensaña  
Lanzando atrás del Turia la corriente ;  
En medio al denegrido  
Cercos de nubes que de Sirio empaña  
Cual velo funeral la roja frente ;  
Cuando el cábaro oscuro  
Ayes despide entre la breña inculta,  
Y á tardo paso soñoliento Arturo  
En el mar de occidente se sepulta ;  
Á los mustios reflejos  
Con que en las ondas alteradas tiembla

DON JUAN NICASIO GALLEGO

De moribunda luna el rayo frío,  
Daré del mundo y de los hombres lejos  
Libre rienda al dolor del pecho mío.  
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño  
Á infortunios sin término condena,  
Sobre su cuello misero cargando  
De uno en otro eslabon larga cadena,  
No en jardín halagüeno,  
Ni al puro ambiente de apacible aurora  
Soltar conviene el lastimero canto  
Con que al cielo importuna.  
Solitario arenal, sangrienta luna  
Y embravecidas olas acompañen  
Sus lamentos fatídicos ; Oh lira  
Que escenas sólo de aflicción recuerdas ;  
Lira que ven mis ojos con espanto  
Y á recorrer tus cuerdas  
Mi ya trémula mano se resiste !  
Ven, lira del dolor. ; Piedad no existe!  
; No existe, y vivo yo ! ; No existe aquella  
Gentil, discreta, incomparable amiga,  
Cuya presencia sola  
El tropel de mis penas disipaba?  
; Cuándo en tal hermosura alma tan bella  
De la corte española  
Más digno fué y espléndido ornamento?  
; Y aquel mágico acento  
Enmudeció por siempre, que llenaba  
De inefable dulzura el alma mía !  
Y ; qué ! fortuna impia,  
; Ni su postrer adiós oír me dejas?  
; Ni de su esposo amado  
Templar el llanto y las amargas quejas ?



; Ni el estéril consuelo  
 De acompañar hasta el sepulcro helado.  
 Sus pálidos despojos  
 Ay! Derramen sin duelo  
 Sangre mi corazón, llanto mis ojos.  
 ? Por qué, por qué á la tumba,  
 Insaciable de víctimas, tu amigo  
 Antes que tú no descendió, Señora  
 ; Por qué al menos contigo  
 La memoria fatal no te llevaste  
 Que es un tormento irresistible ahora  
 ; Qué mármol hay que pueda  
 En tan acerba angustia los aciajos  
 Recuerdos resistir del bien perdido  
 Aun resuena en mi oído  
 El espantoso obús lanzando estragos  
 Cuando mis ojos ávidos te vieron  
 Por la primera vez. Cien bombas fueron  
 Á tu arribo marcial salva triunfante  
 Con inmóvil semblante  
 Escucho amedrentado el són horrendo  
 De los globos mortíferos, en torno  
 Del leño frágil á tus piés cayendo,  
 Y el agua que á su empuje se encumbraba  
 Y hasta las altas grimpolas saltaba.  
 El dulce soplo de Favonio en tanto  
 Las velas hinche del bajel ligero,  
 Sin que salude con festivo canto  
 La suspirada costa el marinero  
 Ardiendo de la patria en fuego santo,  
 Insensible al horror del bronce fiero,  
 Fijar te miro impávida y serena  
 La planta breve en la menuda arena.

; Salve, oh Deidad! — del gaditano muro  
 Grita la muchedumbre alborozada ;  
 ; Salve, oh Deidad! — de gozo enajenada  
 La ruidosa marina  
 Que á tí se agolpa y el batel rodea ;  
 Y al cielo sube el aclamar sonoro  
 Como al aplauso del celeste coro  
 Salió del mar la hermosa Citerea.  
 Absortas contemplaron  
 El fuego de tus ojos  
 Las bellas niñas de la bella Gades ;  
 Absortas te envidiaron  
 El pié donoso y la mejilla pura,  
 El vivo esmalte de tus labios rojos,  
 El albo seno y la gentil cintura.  
 Yo te miraba atónito : no empero  
 Sentí en el alma el pasador agudo  
 De bastarda pasión ; que á dicha pudo  
 Del honor y el deber la ley severa  
 Ser á mi pecho impenetrable escudo.  
 Mas ; quién el homenaje  
 De afecto noble, de amistad sincera  
 Cual yo te tributó, cuando el tesoro  
 De tu divino ingenio descubría,  
 Que en cuerpo tan gallardo relucía  
 Como rico brillante en joya de oro  
 ; Cuántas, ay, qué apacibles  
 Horas en dulces pláticas pasadas  
 Bétis me viera de tu voz pendiente !  
 ; Cuántas en las calladas  
 Florestas de Aranjuez el eco blando  
 Detuvo el paso á la tranquila fuente ;  
 Ya el primor ensalzando



Que al fragante clavel las hojas riza  
 Y la ancha cola del pavon matiza;  
 Ya la varia fortuna  
 Del cetro godo y del laurel romano;  
 Ó el poder sobrehumano  
 Que de un soplo derroca  
 Del alto solio al triunfador de Jena.  
 Y con duras amarras le encadena,  
 Como al antiguo Encéclado, á una roca.

Pero otro dón magnífico, sublime,  
 Más alto que el ingenio y la hermosura,  
 Debiste al Criador, vivaz destello  
 De su lumbré inmortal, alma ternura.  
 ; Cuándo, cuándo al gemido  
 Negó del infeliz oro tu mano,  
 Ayes tu corazon? El escondido  
 Volcan que decoroso  
 Tu noble aspecto revelaba apénas,  
 Un infortunio, un rasgo generoso,  
 Un sacrificio heróico hervir hacía.  
 Entónces agitado  
 Tu rostro angelical resplandecía  
 De más purpúreo rosicler cubierto:  
 Del seno relevado  
 La extraña conmocion, el entreabierto  
 Labio, las refulgentes  
 Ráfagas de tus ojos  
 Que entre los anchos párpados brillaban,  
 Las lágrimas ardientes  
 Que á tus negras pestañas asomaban,  
 El gesto, el ademan, los mal seguros  
 Acentos, la expresion . . . ; Ah! Nunca, nunca  
 Tan insigne modelo

De esto feliz, de inspiracion divina  
 Mostró Casandra en los dardianos muros  
 Ni en las lides olímpicas Corina.  
 Y sólo al santo fuego  
 De un pecho tan magnánimo pudiera  
 Deber tu amigo el aire que respira.  
 Sólo á tu blando ruego  
 La Amistad se vistiera  
 Máscara y formas del Amor su hermano.  
 ; Quién sino tú, señora,  
 Dejando inquieta la mullida pluma  
 Antes que el frío tálamo la Aurora,  
 Entrar osara en la mansion del crimen?  
 ; Quien sino tú del duro carcelero,  
 Ménos al són del oro empedernido  
 Que al eco de los míseros que gimen,  
 Quisiera el ceño soportar? Perdona,  
 Cara Piedad, que mi indiscreta musa  
 Publique al mundo tan heróico ejemplo,  
 Y que mi gratitud cuelgue en el templo  
 De la santa Amistad digna corona.

En el mezzuino lecho  
 De cárcel solitaria  
 Fiebre lenta y voraz me consumía,  
 Cuando sordo á mis quejas  
 Rayaba apénas en las altas rejas  
 El perezoso albor del nuevo dia.  
 De planta cautelosa  
 Insólito rumor hiere mi oido;  
 Los vacilantes ojos  
 Clavo en la ruda puerta estremeccido  
 Del súbito crujir de sus cerrojos,  
 Y el repugnante gesto



Del fiero alcaide mi atencion excita,  
 Que hácia mí sin cesar su mano agita  
 Con labio mudo y sonreir funesto.  
 Salto del lecho, y sígole azorado,  
 Cruzando los revueltos corredores  
 De aquella triste y lóbrega caverna  
 Hasta un breve recinto iluminado  
 De moribunda y fúnebre linterna.  
 Y á par que por oculo  
 Tránsito desaparece  
 Como vision fantástica el cerbero,  
 De nuevo extraño bulto,  
 Sombra confusa, que se acerca y crece,  
 La angustia dobla de mi horror primero.  
 Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa  
 Á la pálida luz mi vista errante  
 Los bellos rasgos de Piedad divisa  
 Entre los pliegues del cendal flotante!  
 «¿Porqué, por qué benigna,  
 Clamé bañado en llanto de alborozo,  
 «Osas pisar, Señora,  
 Esta morada indigna  
 Que tu respeto y tu virtud desdora?»  
 «¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,  
 Del placer celestial que el alma oprime,  
 Hoy á tus plantas espirar consigo,  
 Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.»  
 «Á este oscuro aposento  
 No á que de pena ó de placer espire  
 La voz de la amistad mis pasos guía,  
 Sino á esforzar tu desmayado aliento,  
 Contra los golpes de la suerte impía,  
 Su cuello al susto y la congoja doble

«El que del crimen en su pecho sienta  
 «El punzante aguijón; que al alma noble  
 «Do la inocencia plácida se anida,  
 «Ni el peso de los grillos la atormenta,  
 «Ni el són de los cerrojos la intimida.  
 «Recobra, amigo caro,  
 «La esperanza marchita  
 «Y el digno esfuerzo del varon constante.  
 «Pronto será que el astro rutilante,  
 «Que jamás estas bóvedas visita,  
 «De la calumnia vil triunfar te vea:  
 «Mi fausto anuncio tu consuelo sea.»  
 «Serálo, si; lo juro;  
 «Y aunque ese llanto que tu rostro inunda  
 «Vaticinio tan próspero desmiente,  
 «No me hará de fortuna el torvo ceño  
 «Fruncir las cejas ni arrugar la frente;  
 «Que el dichoso mortal á quien risueño  
 «Mira el destino... No acabé! Á deshora  
 La aciaga voz del carcelero escucho,  
 Diciendo: «es tarde; baste ya, Señora!»  
 «¡Adiós! ¡adiós! Del vulgo malicioso  
 «Que al despuntar del sol sacude el sueño  
 «Temo el lábio mordaz; ¡Adiós te queda!»  
 «Aguarda... ¡Adiós!» Y en soledad sumido  
 Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido  
 Barrer las gradas la crujiente seda.  
 «Oh digno, oh generoso  
 Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!  
 «Y en dónde estás, en dónde,  
 «Ángel consolador, Duquesa amada,  
 Que no te mueve ya la angustia mía?  
 ¡Gran Dios, y ni responde



De su esposo infeliz al caro acento,  
 Aunque en la tumba helada  
 Lágrimas de dolor vierte á raudales!  
 ; Ni de su triste huérfana el lamento,  
 Con ambos brazos al sepulcro asida,  
 Ablanda sus entrañas maternales!  
 ; Oh dulces prendas de su amor! Al mármol  
 En vano importunais. Hará el rocío  
 Del venidero Abril que al campo vuelva  
 La verde pompa que abrasó el estío;  
 Mas no esperéis que el túmulo sombrío  
 La devorada víctima devuelva,  
 Ni á sus profundos huecos  
 Otra respuesta oír que sordos ecos.  
 En él de bronce y oro,  
 Íncrito vate<sup>1</sup>, entallarán cinceles  
 Vuestro heroico blason, entretejiendo  
 Con sus antiguas palmas tus laureles...  
 ; Inútil afanar! La sien ceñida  
 De adelfa y mirto, pulsará tu mano  
 La dolorosa cítara, moviendo  
 El orbe todo á compasion...; En vano!  
 Resonarán con ellas  
 Mis gemidos simpáticos, y el coro  
 De cuantos cisnes tu infortunio inspira  
 Alzar podrá á su gloria  
 Noble trofeo en canto peregrino.  
 Mas ; ay! ; podrá su lira  
 Forzar las puertas del Edén divino  
 Y el diente ensangrentado  
 Del áspid arrancar en tí clavado?

<sup>1</sup> El Duque de Frías.

Á más alto poder, mísero amigo,  
 Los ojos torna y el clamor dirige  
 Que entre sollozos lúgubres exhalas.  
 Al Ser inmenso que los orbes rige,  
 En las rápidas alas  
 De ferviente oracion remonta el vuelo.  
 Yo elevaré contigo  
 Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,  
 Que en mis brazos creció, cándida niña,  
 Trasunto vivo de tu esposa bella,  
 Dará benigno el cielo  
 Paz á su madre, á tu aflicción consuelo.  
 Sí; que hasta el solio del Eterno llega  
 El ardiente suspiro  
 De quien con puro corazón le ruega,  
 Como en su templo santo el humo sube  
 Del balsámico incienso en vaga nube.

## DON JUAN MARÍA MAURY

70.

*La tímidez*

A las márgenes alegres  
 Que el Guadalquivir fecunda,  
 Y adonde ostenta pomposo  
 El orgullo de su cuna,  
 Vino Rosalba, sirena  
 De los mares que tributan  
 Á España, entre perlas y oro,  
 Peregrinas hermosuras,  
 Más festiva que las auras,  
 Más ligera que la espuma,